

DOMINGO SEGUNDO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 4, 32-35): *Tenían un solo corazón y una sola alma.*

Salmo (117, 2-4.16-18.22-24): *«Dad gracias al Señor porque es bueno»*

2ª lectura (1ª Juan 5, 1-6): *Sus mandamientos no son pesados.*

Evangelio (Juan 20, 19-31): *Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.*

La imagen de Jesús muerto en la cruz supuso una experiencia devastadora. Sus discípulos, rotos y temerosos, huían y se escondían. No podían entender aquella situación. La evidencia de la cruz había roto su confianza en el Maestro... Su corazón estaba destrozado. Sin embargo, progresivamente, experimentan el imprescindible reencuentro con el Señor resucitado. Solo quienes lo viven quedarán curados de la decepción. La resurrección del Señor no era evidente para todos, algunos desconfiaron, otros necesitaban más pruebas..., pero hubo muchos que vieron y creyeron, sus heridas se curaron, y todo cambió para ellos.

Hoy vivimos un tiempo plagado de rupturas y lleno de heridas y decepciones. A nadie nos gustan, pero todos las sufrimos e, incluso, todos las provocamos. Por eso nos llena de alegría y esperanza encontrar testimonios de unidad. ¿Es posible la comunión? Parece que sí... La vivían los primeros discípulos de Jesús. Aquellos que sintieron que su corazón se hacía añicos ante la imagen de Jesús muerto en la cruz... experimentaron, en la resurrección, un corazón y una vida renovadas junto al Señor. Ahora sí que entendían, porque habían descubierto que Jesús era el Mesías, el hijo de Dios, ahora sí que aceptaban, como en la creación, que *“todo era bueno”*, incluso la cruz del Señor, porque era el testimonio del mayor amor.

Tratemos de situarnos en el tiempo de los Apóstoles y comprender lo que les sucedió ante el hecho insólito de haber visto cómo el mismo Jesús con el que ellos habían comido su pan y compartido gran parte de sus días vuelve a estar presente entre ellos aún después de haber muerto. Todos unánimemente vivieron esta experiencia y gracias a su testimonio se convirtió en el evangelio (buena noticia) que ahora nosotros leemos. No olvidemos que se trata de una profesión de fe.

Vulgarmente decimos que fe es creer lo que no se ve. Y a fe que hay muchas cosas en las que nosotros creemos sin verlas, sin haber constatado la evidencia de lo que aceptamos. No es ahora el momento de enumerarlas, pero es fácil recordar la necesidad que tenemos del testimonio de los otros para sustituir la evidencia a la que no podemos llegar por nosotros mismos. Los Apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor con mucho valor. Para ellos la presencia de Jesús, vivo entre ellos, es la confirmación de que todo lo que Él les enseñó era verdad.

Todos los miedos a seguir creyendo en Jesús se desvanecen en el momento en que lo ven vivo entre ellos y les devuelve la paz. La escena de Jesús que vence todos los obstáculos y se presenta ante ellos es definitiva; ya no tienen duda alguna: es el mismo Jesús que ellos vieron antes de morir, e incluso pueden comprobar que sus heridas son gloriosas pues se convierten en signo de victoria en el duelo frente a la muerte.

Faltaba uno de ellos a quien le cuentan lo sucedido y él reclama ver y tocar para creer. Tomás exige motivos de credibilidad, no se contenta con lo que le narran sus compañeros, necesita ver y comprobar. Cuando Jesús aparece de nuevo ante los suyos, estando también Tomás, le invita a que realice la comprobación, no sin añadirle un cierto reproche: *«No seas incrédulo, sino creyente»*. La respuesta de Tomás es la confesión de fe: *«Señor mío y Dios mío»*.

Los cristianos que nos precedieron entendieron la importancia de esta cadena de fe que se apoya en el testimonio de los discípulos de Jesús. ¡Qué difícil es transmitir lo que no se cree! Pero que fácil resulta creer cuando entra uno en contacto con el propio Resucitado. Si bien es cierto que el evangelio atribuye a Jesús la expresión: *«Dichosos los que crean sin haber visto»*, sin embargo, resulta importante el encuentro personal con el Resucitado. De ahí que podamos considerarnos los destinatarios de esa expresión, pero necesitamos ese contacto personal con Jesús que ahora sólo podemos tener mediante la fe de los que nos precedieron.

La Pascua supone para los creyentes comenzar una vida nueva desde el amor. Nosotros queremos hacer lo mismo que el Señor. Vivir el amor y el compromiso con todos, hasta las últimas consecuencias. Claro que, en ocasiones, tenemos miedo de las exigencias de nuestra fe... pero sentimos que el Maestro nos sigue llevando la delantera y nos anima a anunciar y vivir la Buena Noticia y a practicar el amor y la misericordia. Será Él mismo quien nos envíe su Espíritu para que podamos seguir sus pasos. ¿Nos fiamos auténticamente de Él?

Conscientes de ser transmisores de esta fe necesitamos fortalecer nuestras vidas para que ellas sean testimonio de la Resurrección del Señor y faciliten así motivos de credibilidad a los incrédulos. Pero eso no será posible, si creemos con ánimo pusilánime y no somos capaces de seguir a Jesús compartiendo ya en esta vida, la vida gloriosa de Jesús resucitado.

En este segundo domingo de Pascua o de la Divina Misericordia recordamos que Dios es misericordioso y nos ama a todos y sale a nuestro encuentro para acogernos y perdonar nuestros pecados. Pero, al mismo tiempo, nosotros también queremos vivir y practicar la misericordia con el prójimo y el necesitado. La fe, la esperanza y la caridad tienen su fuente en la Pascua del Señor: allí comienza la nueva vida de los creyentes.